

Sarra Manning

Rarita
y
adorable

Traducción:

JOFRE HOMEDES BEUTNAGEL

MAEVA  young

Manifiesto de los raros

1. No tenemos nada que declarar aparte de nuestra rareza.
2. Nuestros centros comerciales son los mercadillos.
3. Los moldes son para los pasteles, no para la gente.
4. Sufrir no mejora necesariamente a las personas, pero sí que les da temas para el blog.
5. Experimenta con el Photoshop, los tintes de pelo, los esmaltes de uñas y los sabores de cupcakes, pero nunca con las drogas.
6. No sigas a nadie. Ve en cabeza.
7. La necesidad es la madre de la customización.
8. Con un perrito a tu lado todo es mejor.
9. Las calladas casi nunca hacen historia.
10. No te escudes en tus rarezas, pero haz gala de ellas.

1

Tenemos que hablar –me dijo con firmeza Michael Lee cuando salí del probador improvisado del rastrillo de St Jude, un cuadrado de barras con cortinas, para poder acicalarse bien ante un espejo sucio.

Yo no le dije nada. Me limité a contemplar su reflejo, porque era Michael Lee. ¡MICHAEL LEE!

Ah, Michael Lee... ¿Por dónde empiezo? Los chicos querían ser él; las chicas, de él. Era la estrella de las aulas, los escenarios y las canchas: bastante cerebro para no desentonar entre los empollones, capitán del equipo de fútbol –lo cual le otorgaba la estima de los deportistas–, una falsa cresta y unas Converse gastadas a conciencia para molar a los indies. Encima su padre era chino, con el consiguiente rollo exótico euroasiático. Hasta había escrita una oda a sus pómulos en la pared del baño de chicas de la primera planta del instituto.

Ahora que, por mí, podía ser también una bolsa de Triskys. No me molan nada los que se llevan bien con todo el mundo. Ser guay para todos obligaba a Michael Lee a convertirse en la persona menos interesante del instituto: gran mérito, teniendo en cuenta que mi instituto rezuma mediocridad.

Por eso me extrañó tenerlo delante, insistiendo en que habláramos, con la barbilla un poco ladeada para dar el mejor perfil de sus pómulos merecedores de poemas. También se le veían los agujeros de la nariz, porque era altísimo, el tío, algo descomunal.

–Vete –le dije con aburrimento, mientras señalaba con un gesto lánguido el fondo de la sala parroquial–. Te aseguro que no me interesa nada que puedas decirme.

La mayoría se habría ido con la cola entre las piernas, pero Michael Lee se limitó a mirarme como si lo mío fuera pura pose. Después se atrevió a ponerme una mano en el hombro, para girar mi cuerpo tenso y encogido.

–Mira –dijo. Su aliento en la cara hizo que me encogiese aún más–. A mí esto no me cuadra.

En lo único que pude concentrarme fue en que Michael Lee me hubiera puesto en la clavícula aquella mano *sexy* que jugaba al béisbol y ganaba premios literarios. No estaba bien. Peor: estaba mal, fatal, horrible. Apreté los ojos en acción de protesta y, al abrirlos, vi a Barney, a quien había dejado –con reparos– al frente de mi puesto. Estaba hablando con una chica.

Y no cualquier chica, sino Scarlett Thomas, novia, qué casualidad, de Michael Lee. Yo no le reprochaba que fuera su novia. Lo que le reprochaba era ser una necia y tener una voz muy irritante, una especie de susurro de bebé que me crispaba, como cuando machacan cubitos de hielo. Para colmo, Scarlett tenía una larga melena rubia que se pasaba horas y horas peinando, mimando, acicalando y echando de un lado para el otro, con el resultado de que si estabas detrás de ella en la fila del comedor corrías un gran riesgo de acabar con la boca llena de pelos.

Eso hacía precisamente mientras hablaba con Barney, a golpe de melena y con sonrisa de tonta, a la vez que él, no menos sonriente, bajaba la cabeza como cuando no está cómodo. No fue una imagen que me llenara el corazón de gozo, pero en fin...

–Pues a mí sí que me cuadra –le dije, seca, a Michael Lee–. Solo veo a tu novia hablando con mi novio.

–No lo digo porque hablen.

–¿De ecuaciones de segundo grado, y de todas esas cosas que no entiende Scarlett y que la han hecho suspender el examen final de mates de secundaria y tener que volver a examinarse? –Mi mirada se volvió despiada–. Por eso la señora Clements le ha pedido a Barney que dé clases de refuerzo a Scarlett. ¿No te lo había comentado?

–Sí, sí que me lo ha comentado. Lo que no me cuadra no es que hablen, es que en realidad no hablan. Están ahí parados, mirándose –observó Michael.

–Qué tonterías dices –respondí.

Aun así lancé una mirada de reojo. Era verdad: Barney y Scarlett se miraban. Saltaba a la vista que si se miraban tanto era por falta de temas de conversación, y que eran miradas incómodas, nerviosas, debidas a la absoluta carencia de cosas en común.

–Aquí no pasa nada, *rien de rien* –añadí, mirando de nuevo a Michael Lee–. Bueno, aparte de que Scarlett y tú hayáis venido a un mercadillo a haceros pasar por pobres. Ahora que lo hemos aclarado no dudes en seguir con tus ocupaciones.

Michael abrió la boca como si tuviera algo que añadir sobre el hecho del todo inexistente de que Barney y Scarlett se mirasen con cara de bobos, pero acabó cerrándola.

Yo esperaba que se fuese para seguir también con mis ocupaciones, pero de repente se acercó.

–Algo se traen entre manos –me dijo inclinando la cabeza. Sentí otra vez su aliento en la mejilla, y tuve ganas de ahuyentarlo con un gesto de enfado. Él se irguió–. Por cierto, muy bonito el vestido.

Su media sonrisa, casi burlona, me indicó que no lo decía en serio, y me hizo preguntarme si en contra de lo que pensaba el insulso exterior de Michael Lee no encubriría abismos secretos bajo su superficie.

Mi fuerte bufido de desprecio acabó de dibujar la sonrisa en sus labios. Después se fue.

–Jeane, cariño, no te lo tomes a mal, pero lo ha dicho con sarcasmo. Este vestido no te queda nada bien –dijo a mi izquierda una voz apenada.

Miré a Marion y Betty, dos voluntarias del comité social de St Jude que llevaban el puesto de pasteles y vigilaban los probadores. Sus miradas severas eran capaces de ahuyentar al más recalcitrante de los perversos, y si fallaban aquellas miradas de reproche, seguro que apedrearían a los mirones con galletas.

–Sí, ya sé que lo ha dicho con sarcasmo, pero se equivoca, porque este vestido es flipante –respondí, mientras retrocedía para seguir acicalándome, aunque ya no estuviera concentrada.

Era un vestido negro. Normalmente no me pongo nada negro. ¿Para qué, con la de colores fantásticos que hay en el mundo? El negro es para gente sin imaginación, y para los góticos que aún no se han enterado de que ya no estamos en los noventa. Lo que ocurre es que aquel vestido no era solo negro, sino que tenía un estampado

horizontal en amarillo, verde, naranja, azul, rojo, morado y rosa que me mareaba, y me quedaba tan bien que parecía hecho a medida, cosa poco habitual, ya que mi cuerpo es muy raro. Soy bajita, metro cincuenta y pico –casi sin pico–, y tan compacta que me sirven las tallas infantiles, pero al mismo tiempo soy ancha. Mi abuelo siempre decía que le recordaba a un poni de minero –cuando no me decía que las niñas, ver y callar–.

Vaya, que soy ancha, por no decir que soy un retaco. Tengo las piernas francamente musculosas, de ir mucho en bici, y el resto de mi cuerpo también es bastante recio. Sin mi pelo gris –tenía que ser blanco, pero mi amigo Ben solo llevaba dos semanas de prácticas de peluquero y se le fue la mano–, y el pintalabios rojo chillón que siempre llevo, me habrían podido confundir con un niño rechoncho de doce años. Sin embargo, aquel vestido tenía tantos pliegues, pinzas, detallitos y rayas horizontales que al menos daba una sensación de formas. Yo es que la pubertad no la llevé muy bien: en vez de curvas femeninas, me llené de bultos.

–Estarías tan guapa si te pusieras un vestido como Dios manda, y no estos trapos de mercadillo... Ni siquiera sabes de dónde vienen –se lamentó Betty–. Mi nieta tiene mucha ropa que ya no se pone. Podría buscar algo para ti.

–No, gracias –dije con firmeza–. Me encantan los trapos de mercadillo.

–Ya, pero es que alguna de la ropa vieja de mi nieta es de Topshop...

Pese a la dificultad de contenerme, no empecé a despotricar sobre lo malo que es comprarse la ropa en las

grandes cadenas, que cada temporada imponen los mismos cinco looks para que todo el mundo se vista igual, con ropa cosida por niños explotados del Tercer Mundo que cobran en

vasos de maíz.

–No, Betty, en serio, es que me gusta ponerme cosas que ya no quiere nadie. No es culpa de la ropa haber pasado de moda –insistí–. Además, es mejor reutilizar que reciclar.

Cinco minutos después, el vestido era mío, y luciendo de nuevo mi falda lila de abuela y mi jersey mostaza fui hacia el puesto donde Barney hojeaba una pila de cómics amarillentos. Por suerte no quedaba rastro ni de Scarlett ni de Michael Lee.

–Te traigo un trozo de pastel –le dije.

Mi voz le hizo levantar de golpe la cabeza y tiñó de rosado su piel blanquecina. Nunca había visto a ningún chico que se pusiera rojo tantas veces como Barney. De hecho, hasta que lo conocí ni siquiera estaba segura de que los chicos se pudieran poner rojos.

Esta vez no fue por nada en especial, a menos que... No, no pensaba gastar mi valioso tiempo en las descabelladas teorías de Michael Lee. Claro que...

–Oye, ¿qué hacían por aquí Michael Lee y Scarlett Thomas? –pregunté como quien no quiere la cosa–. No les pega mucho ir de mercadillos... Seguro que ahora se están desinfectando del olor a segunda mano.

Barney estaba tan rojo que parecía que le hubieran metido la cabeza en una olla de agua hirviendo. Se encorvó para taparse la cara con una cortina de pelo sedoso, y gruñó algo ininteligible.

–Tú y Scarlett –lo animé.

–Eeeh... ¿Qué pasa conmigo y con Scarlett? –preguntó con voz ahogada.

Me encogí de hombros.

–Me estaba probando unos vestidos y acabo de verla por el puesto. Espero que le hayas colocado aquella taza un poco rota que no consigo vender, aquella de «Los jugadores de rugby tienen las pelotas raras».

–Pues no, no he tenido ocasión –reconoció Barney como si confesara algo vergonzoso–. Además, la taza está muy rota.

–Tienes razón, mucha razón. No me sorprende que no lo hayas conseguido –dije, ladeando la cabeza en un gesto que esperé fuera de comprensión–. Se os veía muy competidos. ¿De qué hablabais?

Barney empezó a manotear.

–¡De nada! –gritó, justo antes de darse cuenta de que «nada» no era una respuesta adecuada–. Hablábamos de problemas de mates, y de cosas –añadió.

Hasta entonces había estado segura de que entre ellos dos no había nada más que unas cuantas fracciones compuestas, pero su aparente culpabilidad me obligó a replantear mis teorías.

Supe que podía sonsacarle la verdad en cuestión de nanosegundos, y que esa verdad era que a Barney le gustaba Scarlett; como era una chica muy guapa, y no exigía un gran esfuerzo intelectual, estaba bastante cotizada. No tenía sentido enfadarse por eso, aunque yo hubiera educado a Barney para cosas mejores. No valía la pena seguir con el tema, la verdad. Demasiado aburrido.

–Te he traído un trozo de tarta –le recordé.

Vi que movía los ojos de un lado para el otro, como si no supiera muy bien si el cambio súbito de tema ponía punto final a lo de Scarlett o era una estrategia malévola para pillarlo.

Por una vez, no era lo segundo. Le di una porción enorme de tarta, oculta bajo una servilleta. Él la sujetó con precaución.

—Ah, pues gracias —murmuró al destapar el premio.

Vi que su cara pasaba del rosa oscuro al blanco sá-bana. Barney era tan blanco de piel que le faltaba poco para ser albino. Él odiaba su tez casi tanto como su pelo naranja. En el colegio, los pequeños lo llamaban «el callo pelirrojo», pero Barney no era pelirrojo; en realidad, tenía el pelo de color mermelada de naranja, menos cuando le daba el sol y se convertía en una llama viva, que era la razón de que yo le hubiera prohibido teñirse. Tampoco era ningún callo. Cuando no le tapaba la cara su tupido flequillo, sus facciones eran de una delicadeza casi femenina, y sus ojos, esos que me miraban suplicantes, de un verde acuático. Nunca había conocido a ningún otro chico que se definiera por el blanco, el naranja y el verde. La mayoría eran azules o marrones, pensé, tomando nota de profundizar durante la semana en esa teoría cromática y colgarla en mi blog. Después volví a fijarme en Barney, que con una mueca empujó hacia mí la servilleta y lo que contenía.

—¡Es tarta de zanahoria!

Yo asentí con la cabeza.

—Tarta de zanahoria con una capa de queso fresco encima. ¡Mmm!

—De «mmm» nada. Es lo menos «mmm» del mundo. Te había pedido que me trajeras un trozo de tarta. ¡DE TARTA!

Y tú me vienes con algo hecho de zanahoria y queso... Esto de tarta no tiene nada –replicó Barney–; es la anti-tarta con pinta de tarta.

Mi única respuesta fue mirarlo. Ya lo había visto alguna vez de mal humor –casi siempre por mí–, pero nunca tan impertinente.

–Pero si tú comes zanahorias... –me atreví a decir con timidez, expuesta a la ferocidad de su mirada–. Estoy segura de haberte visto comer zanahorias.

–Las como porque me obligan, pero siempre para acompañar carne o patatas.

–Lo siento –dije, tratando de sonar sincera. Barney estaba de un humor imprevisible y no quise desencadenar otra explosión–. Siento haberla fastidiado al elegir la tarta. Está claro que es un tema que tengo que perfeccionar.

–Bueno, supongo que tampoco es culpa tuya –decidió él con magnanimidad. Me miró por debajo del flequillo, con un vago atisbo de sonrisa en los labios–. La verdad es que eres malísima eligiendo tartas, pero da gusto pensar que seas mala en algo. Ya empezaba a extrañarme.

–Soy mala en un montón de cosas –le aseguré, juzgando probable que no fuera peligroso quedarme con él dentro del puesto–. No sé hacer la voltereta lateral. Nunca le he pillado el tranquillo al alemán, ni tengo los músculos faciales lo bastante fuertes como para levantar solo una ceja.

–Eso es genético –dijo Barney–, aunque creo que se puede aprender.

Me levanté la ceja derecha con un dedo.

–Puede que si me la aguanto con celo cada noche, esperando que se active mi memoria muscular...

–Me apuesto lo que quieras a que en Internet hay instrucciones –dijo Barney con entusiasmo: era el típico tema recóndito y aleatorio que le gustaba investigar–. Le aplicaré todo mi Google–fu, ¿vale?

Volvíamos a ser amigos; bueno, novios. Fui a buscarle un trozo de tarta de chocolate, y me pasé el resto de la tarde ampliando la lista de cosas en las que era malísima y haciéndole reír con ellas.

Todo arreglado. Pasamos un buen rato, aunque no entendí que tuviera que rebajarme para que Barney se encontrase a gusto con nuestra relación, siendo yo una feminista de las de tarjeta. Literalmente, ¿eh? En mis tarjetas de visita pone «feminista». Por una vez, no obstante, me incliné por lo más fácil, ya que no podía soportar la idea de tres horas con Barney de morros. Ni siquiera le grité cuando se le cayó el refresco en la funda de punto que había tardado siglos en hacer, una para bolsas de agua caliente donde pone «Rarita y adorable».

2

Oodio a Jeane Smith.

Oodio ese pelo tan ridículo de color gris, y esa ropa asquerosa de poliéster. Oodio que se empeñe en ser lo menos atractiva posible, pero que al mismo tiempo quiera ser el centro de atención. Debería ponerse una camiseta que dijera: «¡Eh, fijaos en mí pero ya!».

Oodio que todo lo que diga sea sarcástico, y malévolo, y que todavía suene más sarcástico y malévolo por la inexpresividad con que lo dice, como si fuera muy vulgar expresar emociones o algún tipo de entusiasmo.

Oodio que me pusiera en las narices su cara de feto malayo y me clavara un dedo en el pecho para recalcar sus palabras, aunque ahora que lo pienso no estoy seguro de que me lo clavase. Bueno, seguro que hace cosas de ese tipo.

Pero lo que más odio es que sea tan repelente y tan mal bicho que no la aguante ni su novio, que tiene que buscarse una vía de escape. Sobre todo si esa vía de escape es mi novia.

Yo ya sabía que a Barney le gustaba Scarlett. Era una obviedad. Scarlett tenía un cuerpazo. Cada vez que íbamos al centro, en un radio de cincuenta metros a partir de

Topshop empezaban a acosarla los cazatalentos de las agencias de modelos.

Lo que pasaba era que ella nunca iba a las agencias; decía que le faltaban ocho centímetros para poder ser modelo, y que era demasiado tímida. Antes de salir con ella, lo de su timidez me parecía gracioso, pero al cabo de un tiempo deja de ser un detalle entrañable que despierta el instinto de protección y te hace apretar los dientes en secreto por la frustración.

Lo que tiene la timidez es que se parece mucho a no esforzarse, como en el caso de Scarlett, que no se esforzaba lo más mínimo en que funcionase nuestra relación. Todo el esfuerzo lo ponía yo llamando cada noche y buscando planes que molasen para nuestras salidas. Le compraba regalos, le ayudé a configurar su Blackberry... Fui un novio excelente en todos los sentidos. ¿De qué sirve hacer algo si te quedas a medias, bien sea el fútbol, la física de bachillerato o una novia? Además, no es que quiera parecer un bocazas, pero lo que es salir podría salir con cualquier chica del instituto; mejor dicho, de cualquier instituto de los alrededores. Que la eligiera a ella, a Scarlett, debería haberle dado un subidón de confianza. También podría haber demostrado algo de gratitud.

Resumiendo, que verla con Barney me dio una rabia enorme. Yo de Scarlett lo único que recibía eran muchos movimientos de melena y alguna que otra sonrisa lánguida. En cambio Barney recibía miradas anhelantes y risitas. La verdad es que las risitas no llegué a oírlas, pero me las imaginé como pequeños puñales de plata dirigidos a mi corazón. Y al girar la cabeza vi a una chica baja,

cuadrada y con el pelo gris que se arreglaba delante del espejo.

Jeane Smith es la única persona del instituto con quien nunca he hablado. En serio. Las etiquetas, los grupitos y toda esa chorrada de marginar a los que no coinciden con tus gustos musicales, o son fatales en deporte, son cosas que odio. Me gusta poder llevarme bien con todo el mundo y encontrar algún tema de conversación, aunque sea con gente que no mole demasiado.

Jeane Smith no hablaba con nadie excepto con aquel chaval, Barney. De ella y de su asco de ropa, y de las discusiones en las que se enzaraba en todas las clases con los profesores –nunca fallaba–, hablaba todo el mundo, pero con ella propiamente no hablaba nadie, porque si lo intentabas te tocaba aguantar su rollo sarcástico y sus miradas de superioridad.

Y eso fue lo que obtuve cuando traté de explicarle mis sospechas sobre Barney y Scarlett. Aún no había acabado mi primera frase y ya me di cuenta de mi error, pero era demasiado tarde. Estaba decidido a hablar con ella. Por cierto, no sé cómo se puede combinar una mirada inexpresiva con la amenaza de un dolor inconcebible, pero era un arte que tenía dominado. Era como si le hubieran cambiado las retinas por punteros láser.

Empezó a levantar la cabeza y a ponerse borde. De repente los líos que pudieran traerse entre manos Barney y Scarlett importaron menos que tener la última palabra.

–Por cierto, muy bonito el vestido –dije, ladeando la cabeza hacia el trapo de colorines que se estaba probando.

Fue un golpe bajo, totalmente impropio de mí, pero al menos le cerró la boca; aunque después sonrió; era de

esas personas capaces de que una sonrisita equivaliera a mil palabras, ninguna de ellas buena.

Para cuando llegué al final de nuestra breve pero desagradable conversación, Scarlett y Barney habían alcanzado el culmen de su coqueteo silencioso, y Scarlett corrió a mi lado con una vitalidad nunca vista en su cara.

—¿Ya nos podemos ir? —me preguntó, como si la idea de ir a un mercadillo lleno de trastos viejos y ropa maloliente, que ni en la tienda benéfica más cutre del mundo habrían aceptado como donativo, fuera mía, cuando la que había querido venir fue ella; y como nunca proponía nada interesante ni divertido para nuestras citas, yo lo había entendido como señal de que nuestra relación mejoraba.

Ahora mi sospecha era que Scarlett solo había querido ir porque estaría Barney. Normalmente habría ido directamente al grano y le habría preguntado qué pasaba, pero hubo algo que me hizo vacilar. ¿En qué lugar quedaba yo, si no conseguía que funcionara lo mío con Scarlett? Pues en el de que ella prefería a un pelirrojo medio tartaja, lo cual... No, no podía ser.

Así que lo único que dije fue lo siguiente:

—Venga, que huele como si se hubiera muerto alguien.

Scarlett murmuró que sí, aunque justo cuando llegamos a la puerta giró la cabeza y miró hacia el rincón donde estaba sentado Barney. La mirada ansiosa de este último no tenía por destinataria a Scarlett, sino a Jeane, quien, a juzgar por su postura, con los brazos en jarras, y la belicosidad de su expresión se las estaba haciendo pasar canutas.

—Pero qué rabia me da esa tía, por Dios... —dijo Scarlett en voz baja y tono asesino.

Yo me la quedé mirando, alucinado. Era la primera vez que oía salir una opinión de su boca.

–Es mala. Una vez me hizo llorar en literatura porque..., pues porque levantó la mano justo cuando estaba leyendo *Sueño de una noche de verano*, para quejarse de cómo leía. Al menos yo no parecía un robot colocado.

–Sí, un poco pesada sí que es...

–No, de un poco nada. Pesada y punto –zanjó Scarlett, glacial.

Aquella tarde me estaba sorprendiendo. Hasta me miró con mala cara cuando le sujeté la puerta, como si fuera el representante de Jeane Smith.

–¿Y por qué te pone tan nerviosa? –pregunté mientras subíamos la calle.

Ya sabía la respuesta: Scarlett odiaba a Jeane porque Jeane salía con Barney. Lo tuve clarísimo.

–Me llamo Jeane Smith –recitó Scarlett con voz mecánica.

Sonreí sin querer, porque aquella Scarlett furibunda era mil veces más graciosa que la Scarlett con quien estaba acostumbrado a salir.

–Tengo un millón de seguidores en Twitter, soy un genio de los blogs y mi ropa asquerosa y mi pelo de vieja son lo más. Si no estás de acuerdo, es que no molas. De hecho, molas tan poco que no puedo ni mirarte, no sea que me infectes con tus repugnantes y vulgares gérmenes de niña bien. ¡Puaj! Es que lo se tiene tan creído...

–¿Tiene un blog? Pues ya ves. Como todo el mundo.

–No te imaginas lo que es –murmuró Scarlett con mal tono–. Mete unos rollos sobre unas cosas... Es increíble.

–Por cierto, ¿cómo es que la ciberespías? –pregunté, con tal voz de pito que se me atragantó la última sílaba.

–¿Yo, espiarla? Para nada. –Scarlett empezó a recuperar su tono susurrante habitual–. Es que si no leo su blog no puedo opinar cuando hablan de ella en el instituto.

–¿Qué pasa, que los de segundo de bachillerato no tenéis otros temas de conversación que Jeane Smith?

En lugar de contestar, miró a ambos lados de la calle y suspiró aliviada.

–Allí está el coche de mi madre. Tengo que irme.

–Creía que íbamos a tomar un café.

–Ya, pero es que mi madre me ha mandado un mensaje diciendo que estaba..., que estaba por aquí. –Scarlett no sabía por dónde salir–. Mientras mirabas por el mercadillo es cuando me ha enviado el mensaje.

Pensé que lo mejor era cortar por lo sano. Aquello, lo nuestro, no iba a ninguna parte. Además, aunque Scarlett me pusiera su carita de bebé foca justo antes de ser asesinada a golpes, en las últimas semanas la había visto tantas veces, esa cara de pena, que estaba inmunizado.

–Oye, Scar, estaba yo pensando... –empecé.

Sin embargo, ella ya se alejaba.

–¡Me tengo que ir! –gritó, al mismo tiempo que su madre tocaba la bocina–. Hasta mañana, o cuando sea.

–Vale, hasta entonces –dije yo, pero Scarlett ya corría hacia el Range Rover de su madre, que obstaculizaba el tráfico, y fue imposible que me oyera.

3

No me di ni cuenta y ya eran las cinco. Las hordas del rastrillo empezaban a irse.

Había sido una buena tarde, en la que se habían vendido casi todos los artículos pesados, incluida una mohosa colección de novelas de bolsillo, un cuadro horrible de un payaso, con marco y todo, que solo de mirarlo me daba escalofríos, y una estatuilla *art déco* de un gato negro con una lámpara sobre la cabeza y un cable con su respectivo un enchufe en vez de cola.

Por eso no tardamos mucho en desmontar el tenderete y cargar mis cajas de plástico en el todoterreno de Barney, un trasto enorme que chupaba gasolina a espuertas. A diferencia de otras veces, no tuvimos que apilar nada en los asientos traseros. A Barney, que se había sacado el carné de conducir hacía pocos meses, le daba sudores y temblores no ver nada por la luna de atrás.

Pese a tener completamente despejado su campo de visión, necesitaba el máximo silencio para conducir; lo que ocurrió es que cuando nos aproximáproos a mi casa se empezó a hacer más difícil tener la boca cerrada.

Esperé hasta llegar al primer semáforo en rojo.

–¿Qué, quieres que nos quedemos un ratito en mi casa? –pregunté–. También podríamos ir al cine. Ponen aquella que dijimos, la de Ellen Page. ¿O te apetece más...?

Barney me chistó, molesto porque no me callase en el momento en que el semáforo pasó del rojo al ámbar.

–Perdona –murmuré.

Me repantigué de nuevo en el asiento mientras Barney tensaba toda su musculatura, en previsión del semáforo en verde y de tener que reanudar la marcha sin que se le calase el coche.

Procuré seguir bien quieta y calladita, incluso intenté no respirar con demasiada fuerza hasta que Barney se arrimase con muchísimo cuidado a la acera del edificio rojo de ladrillo de mi apartamento.

–Bueno, qué, ¿te apetece hacer algo? –le pregunté–. Tenemos un par de horas.

–No puedo. Ya sabes que a mi madre le gusta que los domingos por la tarde no salga, para comprobar que haya hecho los deberes, me haya lavado las orejas por detrás, haya afilado los lápices y que tenga bastantes camisetas para toda la semana. –Barney hizo una mueca de asco–. Te apuesto lo que quieras a que cuando vaya a la universidad se pasará algún domingo por la tarde para controlarme.

–Seguro que no –dije, pese a estar convencida de que era exactamente lo que habría hecho la madre de Barney de no ser por la existencia de su hermano pequeño, tan necesitado o más de supervisión que él.

La madre de Barney y yo no sentíamos gran simpatía mutua. Ella me consideraba una mala influencia para su

hijo. Le gustaba más la vida de antes, cuando Barney se quedaba en casa y no tenía vida social. De todos modos, era un tema que yo procuraba evitar en presencia de Barney, para no ser de las que se interponen entre los hijos y las madres dominantes.

–Que sí, que te lo digo yo. –Barney se desabrochó el cinturón–. Te ayudo a meterlo todo, pero después me tengo que ir a casa.

Una vez trasladadas las cajas al vestíbulo, y de allí al sexto piso por el viejo ascensor (última etapa antes de llegar a mi recibidor), Barney respiró profundamente y esperó a que colgara mi chaqueta.

Vi reflejada en el espejo del recibidor su cara ansiosa, perfectamente a juego con la mía. Era mi parte odiada, la del beso de despedida.

Di dos pasos, mientras Barney levantaba la cabeza unos centímetros en señal de que estaba preparado. Cuando nuestras narices estuvieron a punto de tocarse, cerró mucho los ojos y apretó los labios hasta que parecieron el culo de un gato. Aparte de la falta de estímulo visual, cuando toqué su boca con mis labios no tuve la impresión de que los suyos se adaptasen al beso. No tenía la boca relajada, ni unos labios suaves y flexibles. Al final, acabó siendo el beso de siempre, un furioso restregar de boca contra boca, como si compensáramos la falta de pasión con nuestro esfuerzo.

De toqueteos y magreos nada. Barney tenía los brazos caídos. Yo le puse una mano en el hombro tímidamente. No hubo absolutamente nada de lengua. La primera vez que se la había intentado introducir, se llevó tal susto que no volví a atreverme. Conté elefantes mentalmente: «un

elefante, dos elefantes, tres elefantes...», y al llegar a «cincuenta elefantes» separé suavemente mis labios de los suyos.

–Nos sale cada vez mejor –comentó él, aunque en su cara de tristeza pareciera leerse un gran deseo de borrar la huella de mi boca con el dorso de la mano–. ¿A ti no te lo parece?

–Está clarísimo –corroboré.

Sin embargo, sabíamos que era mentira, al menos yo, y Barney no podía ser tan ingenuo como para pensar que cincuenta segundos restregando bocas supusieran alguna mejoría.

Barney era gracioso y buena persona, y sabía cantidad de cosas útiles sobre informática, pero nuestra química sexual era nula, y yo no estaba muy segura de que se pudiera remediar con prácticas de besos. La química sexual se tiene o no se tiene, y la nuestra era tan inexistente, tanto...

–Bueno, me tengo que ir –dijo y suspiró. Mi ego se consoló un poco con el poco entusiasmo que mostró ante la idea de la separación–. He dejado a mi madre haciendo sopa de verduras. Ya sé lo que hay para cenar.

O simplemente es que no quería volver a su casa.

–Seguro que ahora no te suena tan mal la tarta de zanahoria –dije alegremente.

Sonrió.

–Qué suerte tienes de vivir sola, Jeane. Nadie te dice lo que tienes que hacer. Puedes comer lo que quieras y cuando quieras, irte a dormir a la hora que te dé la gana, navegar por Internet hasta que se te canse la vista...

–Y si se rompe o se estropea algo, tengo que encontrar la manera de arreglarlo yo solita. Tengo que limpiarlo todo yo, y cocinar y levantarme sola para ir a clase.

–Venga, no hagas como si fuera tan horrible –se burló Barney–. Lo que es limpiar no limpias mucho, y te alimentas de chuches y de dulces. Piensa en lo que es volver a casa y morirse de agobio con los comentarios de mi madre, mientras me como su porquería de sopa de verduras y un pan casero que es como de chicle. Gris –añadió con un escalofrío al ir hacia la puerta–. Ella dice que es el germen de trigo, pero no puede haber ningún pan comestible de ese color.

Lo acompañé a la salida, porque siempre se le resistía el cerrojo. Cuando me agaché para darle un besito de amiga en la mejilla, él echó la cabeza hacia atrás como si me hubiera lanzado hacia su boca con la lengua fuera.

–Hasta mañana –dijo efusivamente, para disimular que acababa de apartarse de mis labios como si estuvieran infestados de bacterias devoradoras de carne. Debía de haberse puesto rojo diecisiete veces en un solo día–. ¡Tengo que irme!

Escuché el suave palmoteo de sus zapatillas en el parque, y el chirrido de la reja metálica del ascensor, y el zumbido de bajada. Incluso oí cerrarse la puerta de la calle: un portazo rotundo, concluyente.

Después del divorcio de mis padres, la idea de compartir piso con mi hermana mayor, Bethan, me había llenado de entusiasmo. Parecía tan exótico, después de mis primeros quince años en una casa adosada con jardín, garaje, dobles cristales y armarios empotrados...

Vivir en un bloque de pisos que olía a cera de abejas, con baldosas blancas y negras en el suelo del vestíbulo –incluso el hecho de que hubiera vestíbulo–, me hacían sentirme como esas chicas con media melena de los libros de la década de 1920, que cuando los hombres les abren la puerta dicen: «¡Caramba, cuánto se lo agradezco!».

Hasta habíamos hablado de hacer un curso de claqué, Bethan y yo, para que nuestros pasos con zapatos especiales –que no sé cómo se llaman– crearan ritmos espléndidos en los pasillos, pero eso fue el año pasado. Ahora Bethan trabajaba de médico residente en un hospital pediátrico de Chicago, y yo vivía sola en un bonito apartamento que ya no era tan bonito porque..., porque la vida es demasiado corta para pasar la aspiradora, limpiar el polvo o recoger lo que se deja tirado.

Entre la puerta del piso y el salón, que era de esos diáfanos, se abría un camino relativamente despejado. Pisando revistas y envoltorios de caramelos llegué a la mesa y encendí mi MacBook.

Me costó un esfuerzo enorme no abrir el correo, ni entrar en Twitter o Facebook, pero al final me puse a leer mis apuntes de economía.

Los domingos por la tarde siempre tenía deberes; y no porque fuera una vaga que lo dejase todo para el último momento, sino porque era la tarde más solitaria de toda la semana. Los demás estaban todos en sus madrigueras, mientras sus madres preparan comidas y ropa limpia. Hasta mis amigas de verdad, las mayores, decían que el domingo por la noche volvían a tener la sensación de vuelta al cole, y que el único remedio era una película cursi y un tarro entero de helado.

A falta de trajín materno –y paterno, dicho fuera de paso–, yo me reservaba siempre los deberes para evitar la tentación de compadecerme a mí misma; la verdad es que introducir datos en hojas de cálculo para los deberes de economía era algo bastante reñido con la autocompasión.

Ni siquiera lo aliviaba el detalle de que la empresa creada para la asignatura fuera mi empresa de verdad. Rarita y adorable era una marca y una agencia de tendencias, en plan friki, que fundé sin darme ni cuenta cuando mi blog –del mismo nombre, Rarita y adorable– empezó a ganar premios y más premios, y empezaron a pedirme artículos para el *Guardian* y a invitarme a las tertulias en Radio 4. Los números del recorta y pega que estaba haciendo entre dos documentos correspondían al dinero real ingresado en los últimos seis meses por mis servicios de consultoría, compromisos públicos, artículos de prensa y la venta de productos con la marca Rarita y adorable en Etsy. Ni aun así tenía alguna gracia la economía. Ni la más mínima. Justo cuando suspiraba de alivio al llegar al final de la última columna, sonó el teléfono.

Teniendo en cuenta que mi madre llamaba cada domingo por la tarde a las siete y media, lo lógico habría sido tomárselo con calma, sin esos vuelcos en el corazón; pero, tal vez a consecuencia de toda una semana reprimiendo el recuerdo de nuestras conversaciones telefónicas dominicales, siempre era un *shock* que me llamara y pronunciase mi nombre con esa inquietud que le conocía yo desde siempre.

–Hola, Pat –dije–. ¿Qué tal?

Todo bien en Trujillo (Perú), más allá de una semana entera sin corriente eléctrica, y de que casi no le quedara ropa limpia porque...

–¿Pero en Perú hay lavadoras? –pregunté, acongojada por su tono de tensión y por la extraña sensación que provocaba oírlo todo con retraso; también porque nunca habíamos tenido mucho de qué hablar, ni siquiera cuando vivíamos en la misma casa.

–Pues claro que hay lavadoras, Jeane. Se me están acabando las bragas limpias porque no he podido poner ninguna. Perú no es el Tercer Mundo. Hay lavadoras, y grifos con agua caliente, y hasta Starbucks. Aunque eso tiene más que ver con la globalización que...

Solo habíamos hablado dos minutos y el ambiente ya estaba gélido.

–¡Pero si lo del apagón lo has dicho tú!

–Bueno, es que ya sabes que de lunes a viernes estoy lejos de la ciudad, en una zona muy aislada de...

–Ah, sí. ¿Qué tal las presas peruanas? –pregunté incisivamente, con un toque de desprecio en cada sílaba.

–¿Podrías no frivolizarlo todo tanto?

–Yo no frivolizo –dije, aunque no era verdad; de todos modos tampoco se habría dado cuenta–. Lo pregunto en serio. ¿Cómo están las presas?

Sabía que las presas peruanas nos darían para diez minutos de conversación, o más; por algo eran la razón –o la débil excusa– que había usado mi madre para llenar dos bolsas de viaje y una maleta con ruedas y mandarlo todo al otro lado del Atlántico en un par de días, a fin de dedicar dos años a un trabajo de investigación sobre «Los efectos del enfoque buenista y progre de la política penitenciaria

en las tendencias y conductas homicidas de las presas de larga condena en el sistema carcelario peruano». Uso otras palabras porque el título exacto de su trabajo de investigación dormiría a cualquiera antes de haber llegado al final.

Pat empezó a soltar su perorata. Yo me limité a algún «mmm» esporádico, mientras pensaba en mi primer tweet de la tarde. Normalmente no bajaba de un tweet cada cinco minutos, pero Barney me había dicho que era muy antisocial tener el dedo pegado al iPhone durante nuestras salidas, y el resultado era un mono tremendo de Twitter.

–Bueno, Jeane, ¿y tú qué tal? –Pat había acabado de ensalzar las virtudes de enseñar a meditar a mujeres violentas, asesinas en serie potenciales. Ya estaba lista para echarme encima la caballería sobre..., sobre todo. –¿Y el piso?

–Yo muy bien –dije–. Y el piso estupendo.

–Lo tienes ordenado, ¿no? Y lavas, y tienes limpio el suelo de la cocina, ¿verdad? Piensa que si no aparecerán hormigas.

–Es un quinto. Me parece difícil que una hormiga pueda subir tantos pisos, a no ser que use el ascensor. –Pat aguantó la respiración–. Está todo súper ordenado.

Me pareció difícil que mi madre visitara mi blog y viera la «DustCam» que había puesto –mi portátil viejo enfocado en una parte del aparador– para demostrar la teoría de Quentin Crisp de que después de cuatro años deja de acumularse el polvo.

–Bueno, si tú lo dices... –Se notaba que no se lo creía–. ¿El instituto bien? La señora Ferguson me ha ido

informando por correo electrónico y dice que lo ve todo correcto.

Yo era muy amiga de la señora Ferguson. A menos que empezara a pasearme por el instituto con una pistola y a pegar tiros a diestro y siniestro, no sería ella quien informase a mi madre sobre mis delitos menores –discutir con el profesorado, configurar el tono de aviso de mi iPhone a niveles que nadie salvo un oído adolescente pudiera detectar para poder recibir correos en clase, y el pulso psicológico que mantenía con la señora Spiers, la profesora de arte, a raíz de mi negativa a pintar un estudio de unas ramas que era un peñazo; lo típico, vaya.

–Porque va todo bien –dije–. Bueno, supongo que será mejor que cuelgue.

–¡Espera! ¿Sabes algo de tu padre?

–Sí, que dentro de poco vendrá a Londres y nos veremos –contesté, mientras contemplaba el desorden y pensaba en un futuro no muy lejano en el que habría que ponerle remedio antes de que lo viera mi padre.

–¿Y con Bethan? ¿Has hablado?

–Sí. –Mi tono empezaba a traslucir cierta exasperación–. Nos pasamos el día hablando por Skype. Tú también podrías llamarme por Skype. Sería más barato que el teléfono.

–Ya sabes que no se me da bien la informática.

–Es que no hay nada que se te tenga que dar bien. Solo hay que descargar la aplicación y hacer clic en «Instalar», del resto ya se ocupa el ordenador. Es fácil. Hasta tú puedes hacerlo.

–No empieces, Jeane.

–No empiezo nada. Solo digo que estoy siempre conectada, y que si tuvieras Skype podrías hablar conmigo cada vez que...

–Bueno, es que yo casi nunca estoy conectada. No es que aquíqhaya locutorios en todas las esquinas.

–Has dicho que hay Starbucks. Todos los Starbucks tienen wifi gratis. Vaya, que no veo el problema.

–Como siempre. –Se aguantó un suspiro–. ¿Por qué tienes que hacer que todas las conversaciones acaben en una discusión, Jeane?

–Dos no discuten si uno no quiere, Pat –le recordé. Yo, cuando me ponía a discutir, nunca me bajaba del burro, ni siquiera cuando sabía que era lo mejor. Mi mal humor era de nacimiento–. Tengo que irme.

–Al menos despídete como Dios manda –exigió ella.

–Adiós como Dios manda –refunfuñé. Fue cruel, porque Pat era como era y no podía cambiar. Tampoco yo podía de dejar de ser un mal bicho y una respondona–. Oye, mira, lo siento. Me quedan un montón de deberes, y me pone de mal humor pensar en las hojas de cálculo de economía.

–Bueno, me alegro de no ser yo la que te enfada –dijo ella, menos enfurruñada–. Aunque me habías prometido no dejar los deberes para el último momento.

No era el último momento. El último habría sido llenar columnas mientras pasaban lista.

–Ya lo sé –dije, aguantándome–. Lo siento.

Transcurrieron otros dos minutos y treinta y siete agónicos segundos de conversación sin peleas antes de que Pat colgara.

Estiré los brazos para aliviar los dolores de cuello y de hombros que siempre provocaba hablar con Pat. Después

pulsé dos veces en Firefox, otras dos en TweetDeck y conecté mi iPhone al ordenador para descargar las fotos que había hecho ese día.

Deslicé los dedos por las teclas para redactar el primer tweet de la tarde. A los diez segundos de pulsar el Enter ya había una respuesta.

Ya no estaba sola. Así de fácil.